

## *Tendencias socioculturales en América Latina a finales del siglo XX<sup>1</sup>*

América Latina, a finales del siglo XX, es una realidad compleja, por lo cual el examen global de sus tendencias socioculturales —y de los dinamis-mos políticos y económicos que las sostienen— corre siempre el riesgo de la simplificación. De todos modos, aun a riesgo de simplificar, en la situación actual de América latina hay al menos tres grandes ejes que marcan su realidad desde un punto de vista sociocultural: (a) transición a la democracia-consolidación democrática; (b) expansión del mercado-urbanización del espacio físico; (c) cambios culturales caracterizados por la “urbanización” de los estilos de vida, la “privatización” de las prácticas sociales y el “estrechamiento” de la vida pública. Estos tres ejes ciertamente no agotan las tendencias socioculturales de América Latina a finales del siglo XX, pero sí constituyen matrices explicativas de cuáles son los derroteros de la realidad latinoamericana en la actualidad.

### **Transición a la democracia-consolidación democrática**

Desde mediados de la década de 1960 hasta finales de la década de 1980, la mayor parte de los

países suramericanos estuvieron dominados políticamente por los militares (lo que se ha dado en llamar Regímenes Burocrático Autoritarios). (Los países centroamericanos lo estuvieron desde la década de 1930)<sup>2</sup>. Antes de 1960, en casi todos ellos se habían impuesto regímenes políticos más o menos democráticos, es decir, regímenes políticos en los cuales mecanismos democráticos básicos como las elecciones periódicas, los parlamentos, la libertad de expresión, la libertad de organización y movilización sociales habían echado raíces y gozaban de una cierta estabilidad. Cuando los militares llegan al poder, lo hacen con el propósito expreso de “salvar” a sus países de lo que figuras como Augusto Pinochet dieron en llamar el “cáncer comunista”, que se había servido de las instituciones democráticas para socavar los cimientos del mundo libre. En la práctica, esa salvación” se tradujo en una desarticulación violenta de los mecanismos democráticos vigentes, a los cuales los militares consideraron fomentadores de las iniciativas comunistas para tomarse el poder. En el marco de la embestida militar fueron cerrados los parlamentos; los medios de comunicación censurados; los diri-

- 1 Texto de la charla ofrecida por al autor en el seminario de graduación “Comunicación institucional”, para estudiantes de la carrera de comunicaciones de la UCA, los días 17 y 19 de febrero de 1999.
2. Los países centroamericanos han seguido en muchos aspectos un ritmo sociocultural, político y económico distinto del seguido por el resto de países latinoamericanos. Así, en la región, la industrialización fue asumida en serio por los gobiernos hasta los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, aunque con retrasos temporales inobjetables o con dinámicas específicas, como la guerra civil salvadoreña o la revolución sandinista, Centroamérica ha seguido las grandes tendencias del desarrollo político, económico y social latinoamericano.

gentes sindicales y políticos fueron encarcelados (y torturados) o asesinados; los partidos políticos fueron prohibidos.

A principios de la década de 1980, los militares se muestran incapaces de seguir administrando políticamente a la sociedad. Aparece en el horizonte la posibilidad de que los militares cedan el poder a gobiernos civiles electos democráticamente. La década de los años ochenta se caracteriza en casi todo el subcontinente —salvo México— por el traspaso del poder de manos militares a manos civiles y por el restablecimiento de los mecanismos democráticos desarticulados por los militares cuando llegaron al poder.

Este proceso es lo que se dio en llamar *transición a la democracia*: salida de los militares del poder y reconstitución de las instituciones democráticas esenciales (sistemas electorales, partidos, medios de comunicación, sistemas de justicia) desarticulados por aquéllos. Durante la transición persisten “los rasgos y rezagos autoritarios después que formalmente ha concluido la vigencia de este régimen, por sobre las características de la construcción democrática. Esta presencia autoritaria mantendría pendiente la consumación de la transición, así como la amenaza de la reversión autoritaria”<sup>3</sup>. Visto retrospectivamente, el proceso de transición a la democracia se llevó adelante con relativo éxito en la mayor parte de países latinoamericanos durante toda la década de los años ochenta y los primeros años de la década de los años noventa. Pero, una vez superada la etapa de transición a la democracia, había que pasar a una segunda etapa: aquella en la cual las instituciones democráticas reestablecidas se mostraran capaces de funcionar no sólo mínimamente —eso fue lo propio de la transición—, sino en todo su potencial.

Esta nueva etapa del desarrollo político latinoamericano se ha dado en llamar la etapa de la *consolidación democrática* o *democratización*: las instituciones democráticas no garantizan sólo los mínimos democráticos, sino los máximos que puedan dar. Por ejemplo, ya no basta con que no se asesine a los oponentes políticos —esto es lo mínimo—, sino que estos tengan todas las garantías

y la posibilidad real de poder acceder a cargos de elección pública. En otras palabras, en esta etapa “se acepta que el cambio de autoritarismo a democracia, en lo esencial, ha tenido lugar... [parte de] la constatación de que el cambio político se ha producido en los temas centrales del sistema político: legitimación democrática del poder, funcionamiento de las instituciones y del Estado de derecho, respeto de los derechos y de las libertades públicas e individuales, celebración de elecciones competitivas con participación de partidos políticos legalmente investidos”<sup>4</sup>. Desde mediados de la década de 1990, la mayoría de países latinoamericanos han entrado en la etapa de consolidación democrática, aunque varios de ellos sin haber alcanzado plenamente la etapa de transición democrática. ¿Qué quiere decir esto?

Básicamente, que sin estar asegurados los mínimos democráticos —a ser alcanzados durante la transición—, muchas sociedades están forzando a sus instituciones a que den mucho más de lo que efectivamente pueden dar en cuanto a erradicación de la exclusión social, participación, reconocimiento de estilos de vida diversos (homosexuales, lesbianas, maras, etc.) y cumplimiento de demandas de seguridad pública. Cuando esas exigencias no son cumplidas, la frustración social hace su aparición, dando lugar a amenazas de inestabilidad y desorden. Así, la tensión transición democrática-consolidación de la democracia es una tensión que marca a casi todas las sociedades latinoamericanas en la actualidad. Sin entender esa tensión, es difícil hacerse una idea de los desafíos políticos más urgentes que ellas tienen que sortear para evitar el descalabro sociopolítico y garantizar una mínima estabilidad social.

Pero bajo esa tensión subyacen dos aspectos más que no conviene dejar de lado: el primero es el *renacimiento-recomposición de la sociedad civil latinoamericana*. Renacimiento porque los militares impidieron que la sociedad civil pudiera expresarse, y es hasta la etapa de las transiciones que ella resurge, ocupando el espacio que le corresponde en la dinámica social. Recomposición porque la sociedad civil que resurge no es la misma que la que fue sofocada por los militares, sino una

3. Fernández B.M., “Transición versus democratización: visiones alternativas sobre el cambio político”, en Nohlen, D., Fernández, B., M. (Eds.), *El presidencialismo renovado. Instituciones y cambio político en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1998, pp. 31-32.

4. *Ibid.*, p. 32.

sociedad temerosa y a la vez ansiosa de participar en la vida pública. Es una sociedad civil, además, con nuevas demandas —que no pasan necesariamente por la política— y con nuevos grupos emergentes: jóvenes, mujeres, ecologistas, ONGs, homosexuales, lesbianas, etc., cuya dispersión y atomización les restan fuerza a la hora de hacer sentir sus demandas.

El segundo aspecto es la *tensión cultura política autoritaria-cultura política democrática*. Para entender esa tensión hay que caer en la cuenta de que los militares no sólo dominaron políticamente a la sociedad, sino también que difundieron una serie de valores políticos en los cuales *la autoridad y la fuerza* ocupaban un lugar de primera importancia. Sociedades que vivieron veinte años o más bajo el control militar, no podían dejar de verse influenciadas por esos valores. Las transición-consolidación democráticas promueven y exigen valores como la tolerancia, el respeto a lo distinto y el diálogo permanente. Estos valores propios de una cultura política democrática entran en choque con los valores generados por el autoritarismo. En el momento actual, la pervivencia de valores autoritarios socava fuertemente el rumbo democrático de las sociedades latinoamericanas.

En resumen, aunque la transición a la democracia es distinta de la consolidación de la democracia, la segunda requiere del desarrollo óptimo de la primera para lograr sus metas fundamentales. Sólo unos pocos países latinoamericanos han logrado un ensamble bastante exitoso entre ambas. En segundo lugar, la transición-consolidación democráticas han permitido el renacimiento de la sociedad civil, pero ese renacimiento plantea problemas inéditos a los gobiernos, pues sus demandas suelen exceder la capacidad de las instituciones para darles respuesta. Finalmente, pese a la transición-consolidación democráticas, perviven en las sociedades latinoamericanas valores políticos contrarios a la democracia, es decir, valores autoritarios, herencia de los regímenes militares que tiene que ser suplantada por una valores democráticos apenas incipientes en la conciencia colectiva.

### **Expansión del mercado-urbanización del espacio físico**

Al menos desde 1930, en América Latina la producción industrial —mecanización de los procesos productivos, mano de obra asalariada, criterios de oferta y demanda— se convirtió en un eje



importante de la actividad económica. Aunque más acentuada en unos países que en otros, el fomento de la actividad industrial apareció como la palanca para lograr un desarrollo económico que trajera riqueza y bienestar a los países. El desafío era producir aquellos bienes industriales que se importaban, pues la necesidad de importación de esos bienes obligaban a las economías latinoamericanas a depender de la producción de bienes agrícolas para la exportación.

Varios gobiernos latinoamericanos decidieron que era tarea de los aparatos estatales asumir como función exclusiva la industrialización de las economías. Otros gobiernos asumieron con menos intensidad el desafío o no pudieron impulsarlo a fondo —por la fuerza de los grupos oligárquicos—, pero su ideal era avanzar hacia el desarrollo por la vía del fomento industrial. Al calor de estas ideas, los Estados latinoamericanos se involucraron en la actividad económica como agentes centrales. Gracias a la intervención estatal, una clase empresarial capitalista comenzó a echar raíces; las inversiones industriales promovidas por el Estado

se expandieron; la infraestructura (carreteras, alcantarillado, alumbrado público) se amplió en los centros urbanos; emergió una mano de obra industrial muchas veces sindicalizada; y el comercio y la actividad bancaria comenzaron a girar en torno a las necesidades del emergente sector industrial.

En otras palabras, desde los años treinta, la economía de mercado comenzó su despegue en América Latina. Pero lo hizo al amparo de la intervención del Estado y sin llegar a convertirse en el eje fundamental del sistema económico. Ese eje fue la producción agrícola hasta la década de los años setenta. En la década de los años sesenta, la presencia del Estado en la economía pone de manifiesto una serie de efectos contrarios al crecimiento económico y a la prosperidad empresarial.

El primer efecto es la inflación, debido a políticas monetarias que apuestan por la emisión permanente de moneda (por los Bancos Centrales) para responder a las demandas salariales de los trabajadores, para cubrir los costos de las inversiones públicas (muchas de ellas improductivas) y para mantener las políticas de subsidios (transporte, alimentación, educación) que los gobiernos implementaban para garantizar el apoyo político de grupos sociales significativos. En segundo lugar, los sistemas impositivos se cargan progresivamente sobre la riqueza de los empresarios, quienes se sienten expoliados por una política estatal que busca llevar riqueza de los sectores productivos a los sectores no productivos. Progresivamente, los grupos empresariales se van mostrando más inconformes con la política distributiva del Estado que afecta directamente sus posibilidades de capitalizar sus ganancias y expandir sus industrias. En tercer lugar, las empresas nacidas al amparo de la protección estatal no tienen mayores incentivos para el mejoramiento de los procesos productivos; es decir, se cae en un estancamiento industrial que hace de las economías latinoamericanas poco competitivas en el plano internacional.

Los militares, al arribar al poder a mediados de los años sesenta, no sólo lo hacen para contener las movilizaciones sociales (el "cáncer comunista"), sino para tratar de recomponer las economías nacionales. Una de sus metas es precisamente liberar a las fuerzas del mercado de la tutela estatal. Sin embargo, lo hacen sólo parcialmente, pues la presencia estatal se ve fortalecida en enclaves económicos estratégicos como la energía y las comunicaciones. Las reformas emprendidas por los mi-

litares se muestran insuficientes para hacer frente al impacto de la crisis del petróleo (1973), que hace tambalear a la economía mundial y pone en severos aprietos a las industrias que recién se están "liberando". Diez años después, la crisis de la deuda agudiza (1983) la situación económica de los países de la región, que se ven sometidos a fuertes presiones de la banca internacional para cancelar los préstamos obtenidos quince o veinte años antes. Ambas crisis se producen en un entorno mundial en el cual los estados de bienestar europeos están sometidos a fuertes cuestionamientos. Asimismo, se trata de un entorno mundial en el cual las materias primas están siendo reemplazadas por materiales sintéticos, que hacen que las exportaciones tradicionales latinoamericanas vayan perdiendo importancia en el mercado mundial.

Los militares, en consecuencia, ven socavada su autoridad ante grupos empresariales que conciben su presencia como un obstáculo para la expansión plena de las fuerzas del mercado. Estos grupos empresariales abanderan planteamientos neoliberales radicales, es decir, planteamientos en favor de un Estado mínimo, limitado a las tareas básicas tales como la defensa de la soberanía nacional y la seguridad pública. La salida de los militares del poder y el arribo de regímenes políticos democráticos viene acompañado de cambios económicos, que están modificando el perfil socioeconómico de América Latina:

(a) Pérdida de protagonismo del sector agrícola como eje fundamental de la actividad económica nacional; (b) despoblación creciente de las zonas rurales y crecimiento y multiplicación de los centros urbanos, con el subsiguiente aumento de las demandas asociadas a la vida urbana: agua potable, recolección de basura, escuelas, centros de recreación, transporte, etc.; (c) relativo estancamiento de la actividad industrial, que no ha logrado superar el retraso tecnológico al que lo llevó el proteccionismo estatal; (d) auge del sector servicios (sistema financiero; complejos comerciales) como principal eje de las actividades económicas; (e) expansión de una infraestructura asociada y en función del desarrollo del sector terciario (autopistas, edificios, redes de comunicación); (f) predominio creciente de mecanismos de mercado para regular las actividades económicas, esta vez con una presencia mínima del Estado y, además, con una tendencia a reducir su participación allí donde aún es decisiva.

En resumen, las últimas tres décadas están dejando cambios espectaculares en América Latina. La lógica del mercado se expande en las diversas actividades económicas, mientras que el Estado cede terreno a los empresarios, y los rubros tradicionales de producción (industria y agricultura) son desplazados por las actividades financieras vinculadas más a los ritmos de los mercados financieros mundiales que a los intereses particulares de los países. Los países se urbanizan físicamente y las áreas rurales despobladas y abandonadas financieramente se deterioran cada vez más.

### Cambios culturales de fines de siglo

Los procesos políticos y los procesos económicos reseñados en los apartados anteriores se han visto acompañados de cambios culturales de gran envergadura. La urbanización no sólo tiene una dimensión física, sino una dimensión cultural, en el sentido de que también afecta y moldea los "estilos de vida" de los habitantes latinoamericanos.

Se urbanizan las aspiraciones profesionales (no se quiere vivir o trabajar en el campo); se urbanizan los gustos y las modas; y se urbaniza el consumo, el cual apunta cada vez más al consumo de tecnologías electrónicas (VHS-TV-Radio, celulares, cable, computadores). Dos factores son determinantes en este proceso de urbanización de los estilos de vida: (a) las migraciones y (b) las comunicaciones. Una segunda tendencia sociocultural es la que apunta a la "privatización" de las prácticas sociales: la expansión urbana no sólo aumenta el número de personas que habitan una zona, sino que, amén de los peligros asociados a los nuevos habitantes (criminales, fisgones), hace más difícil el trato personal con cada uno de ellos.

Además, los ritmos de trabajo asociados al éxito profesional (o al pago de las deudas) hacen del hogar un nicho no sólo en el cual se *transita* para

la nueva jornada, sino el espacio que permite materializar, en la fachada y en los autos, las conquistas económicas obtenidas que hacen a quien las consigue distinto y mejor que sus vecinos. Esto hace del hogar un espacio privado, que de puertas adentro es exclusivo de la familia nuclear, pues no hay tiempo para atender a otros parientes o, mucho menos, a amigos o vecinos.

La contrapartida de esto es el agotamiento de la vida pública: el tiempo se convierte, más que en un bien preciado, en aquello que marca el ritmo de las actividades cotidianas. La intensificación de los logros asociados a un estilo de vida urbanizado *no dejan tiempo* para actividades no conducentes (o sólo indirectamente) a un logro privado, como lo son las actividades comunitarias. La vida del trabajo y las estadías fugaces en el hogar no dejan tiempo para otras cosas; en consecuencia, los vínculos comunitarios decaen, al igual que decae el compromiso público. Se opera una "individualización" de las prácticas sociales. Como señalan Thomas Manz y Moira Zuazo, "un elemento característico para las actuales transformaciones sociales y culturales es la 'individualización' que parece ser un proceso acompañado por una cierta 'deserción civil', es decir por la pérdida de interés por lo público. Y en la medida en que se reduce el interés por lo público, la individualización socava el *animus societatis* de la democracia"<sup>5</sup>.

En resumen, a nivel sociocultural en la América Latina actual se están sucediendo cambios importantes. Los estilos de vida se urbanizan, con lo cual nuevas aspiraciones, gustos y demandas hacen su aparición. Prácticas comunitarias, asociadas más a estilos de vida rurales, están siendo reemplazadas por prácticas privatizadas, asociadas a la competencia y el éxito económico.

Luis Armando González

5. Manz, Th. y Zuazo, M. (coordinadores), *Partidos políticos y representación en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1998, p. 8.